

A 174

N.º 275. T. 1.º

GALERIA DRAMATICA.

COLECCION

DE LAS MEJORES OBRAS

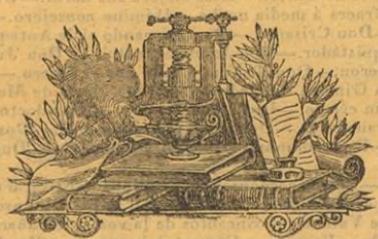
DEL TEATRO

ANTIGUO Y MODERNO ESPAÑOL

Y DEL ESTRANJERO.

POR

LOS PRINCIPALES AUTORES.



Madrid

LIBRERIAS DE CUESTA Y RIOS.

L47 - 5006

CATÁLOGO DE LAS COMEDIAS QUE CONTIENE ESTA GALERÍA,
publicadas hasta 1.º de Mayo de 1855.



Abadía de Castro.—Abuelito.—Abuelo.—Abuela.—A cazar me vuelvo.—Acertar errando.—Acción de Villalar.—Adel el Zegri.—Adolfo.—Afan de figurar.—A la una.—A la Zorra candilazo.—Alberoni.—Alberto.—Alcalde Ronquillo.—Al César lo que es del César.—A lo hecho pecho.—Alfonso Castro.—Alfredo de Lara.—Alfonso Munio.—Alonso Gauo.—Amante prestado.—Amantes de Teruel.—Ambición.—Ambicioso.—Amigo en candelero.—Amigo martir.—Amo criado.—Amor de madre.—Amor de hija.—Amor y deber.—Amor y nobleza.—Amor y amistad.—Amor venga sus agravios.—Amoríos de 1790.—Angelo.—Ango.—Antony.—Antonio Perez.—Apoteosis de Calderon.—Aragon y Castilla.—Ardides de un cesante.—A río revuelto.—Arte de conspirar.—Arte de hacer fortuna.—Astrólogo de Valladolid.—Atrás.—Aviso á las coquetas.—A un cobarde otro mayor.—Aurora de Colón.—Ayuda de cámara.

Bachiller Mendarias.—Baltasar Cozza.—Bandera blanca.—Bandera negra.—Bárbara Blomberg.—Barbero de Sevilla.—Bastardo.—Batelera de Pasages.—Batilde, ó América libre.—Batuecas.—Blanco de Borbon.—Beltran el napolitano.—Bodas de doña Sancha.—Borrascas del corazon.—Bruja de Lanjarón.—Bruno el tejedor.

Caballero de industria.—Caballero leal.—Caballo del rey don Sancho.—Cada cual con su razon.—Cada cosa en su tiempo.—Calentura.—Calígula.—Calumnia.—Campanero de San Pablo.—Capas.—Capitan de Fragata.—Carcajada.—Carcelero.—Carlos II el hechizado.—Carlos V en Ajofrin.—Casada virgen y mártir.—Casamiento nulo.—Casamiento sin amor.—Casamiento á media noche.—Cásate por interés.—Castigo de una madre.—Castillo de San Alberto.—Casualidades.—Catalina de Médicis.—Catalina Howar.—Cazar en vedado.—Cecilia la ciegueta.—Celos.—Celos infundados.—Cerdan, justicia de Aragon.—Chiton.—Cisterna de Albi.—Club revolucionario.—Cobradores del banco.—Coja y el encogido.—Colegiales de Saint-Cyr.—Colón y el judío errante.—Cómicos del rey de Prusia.—Comodin.—Compositor y la estrangera.—Conde don Julian.—Conjuracion de Fiesco.—Conspirar por reinar.—Con amor y sin dinero.—Contigo pan y cebolla.—Copa de marfil.—Corazon de un soldado.—Corsario.—Corte del Buen Retiro, primera parte.—Corte del Buen Retiro, segunda parte.—Corte de Carlos II.—Cortesanos de don Juan II.—Crisol de la lealtad.—Cristiano, ó las máscaras negras.—Cristóbal el leñador.—Cromwel.—Cruz de oro.—Cuando se acaba el amor.—Cuarentena.—Cuarto de hora.—Cuentas atrasadas.—Cuidado con las amigas.—Cuñada.—Cuna no da nobleza.—Celos de un alma noble.

Daniel el tambor.—Degollacion de los inocentes.—Del mal el menos.—Desban.—Desconfiado.—Desengaño en un sueño.—Detras de la cruz el diablo.—De un apuro otro mayor.—Diablo Cojuelo.—Día mas feliz de la vida.—Diana de Chivri.—Dios mejora sus horas.—Dios los cria y ellos se juntan.—Diplomático.—Disfraz.—Disfraces á media noche.—Dómine consejero.—Don Alvaro de Luna.—Don Alvaro ó la fuerza del sino.—Don Crisanto.—Don Fernando el de Antequera.—Don Fernando el Emplazado.—Don Jaime el Conquistador.—Don Juan de Austria.—Don Juan Tenorio.—Don Juan de Marana.—Don Rodrigo Calderon.—Don Trifon, ó todo por el dinero.—Don Juan Trapisonda.—Doña Blanca de Navarra.—Doña Gimena de Ordoñez.—Doña María de Molina.—Doña Mencia.—Doña Urraca.—Dos amos para un criado.—Dos hijas casaderas.—Dos doctores.—Dos coronas.—Dos validos.—Dos celosos.—Dos granaderos.—Dos padres para una hija.—Dos solterones.—Dos vireyes.—Dos venganzas y un castigo.—Dos tribunos.—Dumont y compañía.—Duque de Braganza.—Duque de Alba.—Duquesita.

E. H.—Eco del torrente.—Editor responsable.—Egilon.—Elisa, ó el precipicio.—El que se casa por todo pasa.—Elvira de Albornoz.—Ella es.—Ella es él.—Ellas y nosotros.—Emilia.—Empeños de una venganza.—Eneubierto de Valencia.—Eucantos de la voz.—Engañar con la verdad.—Entremetido.—Entrada en el gran mundo.—Ernesto.—Errores del corazon.—Escalera de mano.—Escuela de las casadas.—Escuela de las coquetas.—Escuela de los periodistas.—Escuela de los viejos.—Espada de mi padre.—Espada de un caballero.—Españoles sobre todo.—Estaba de Dios.—Está loca.—Estrella de oro.—Errar la vocacion.—Es un bandido.—Estupidez y ambicion.—Esmulgado.

Fabio el novicio.—Familia del boticario.—Familia de Falklan.—Familia improvisada.—Fanático por las comedias.—Farsa, ó mentira y verdad.—Felipe.—Felipe el Hermoso.—Feria de Mairena.—Fernan-Gonzalez, primera parte.—Fernan-Gonzalez, segunda parte.—Finezas contra desvíos.—Flaquezas ministeriales.—Flavio Recaredo.—Floresinda.—Fortuna contra fortuna.—Fray Luis de Leon.—Frenología y magnetismo.—Frontera de Saboya.—Funcion de boda sin boda.—Fé, esperanza y osadía.

Gaban del rey.—Gabriel.—Gabriela de Belle Isle.—Galan duende.—Ganar perdiendo.—Garcilaso de la Vega.—Gaspar el ganadero.—Gastrónomo sin dinero.—Gata muger.—Genoveva.—Gondolero.—Gran capitan.—Grumete.—Guante de Coradino.—Guantes amarillos.—Guillermo Colman.—Guillermo Tell.—Guzman el bueno.—Gracias de Gedeon.

Hasta el fin nadie es dichoso.—Hacerse amar con peluca.—Hermana del sargento.—Hernani, ó el honor castellano.—Héroe por fuerza.—Heroismo y virtud.—Higuamota.—Hija del avaro.—Hija del regente.—Hija, esposa y madre.—Hijo de la tempestad.—Hijo de la viuda.—Hijo en cuestion.—Hijo predilecto.—Hijos de Eduardo.—Hijos de Satanás.—Hombre de bien.—Hombre gordo.—Hombre de mundo.—Hombre mas feo de Francia.—Hombre misterioso.—Hombre pacífico.—Hombre feliz.—Ho-

247-5006

95-6



LAS GARRAS DEL DIABLO.

FARSA CÓMICO-LÍRICA, EN UN ACTO,

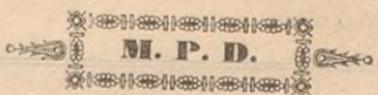
ORIGINAL DE

D. ENRIQUE PEREZ ESGRICH.

Música del Maestro

DON JOSÉ ROGEL.

Representada con extraordinario aplauso por primera vez, en el teatro de Tirso de Molina la noche, del 3 de Noviembre de 1856.



MADRID.

IMPRENTA DE DON CIPRIANO LOPEZ.

Cava-baja, n.º 19, bajo.

Noviembre 1856.

PERSONAGES.

ACTORES.

ROSA.	<i>D.^a Manuela Ponce de Leon.</i>
DOÑA VICENTA.	<i>D.^a María Bardan.</i>
DON CASIMIRO.	<i>D. Joaquin Vidales.</i>
EDUARDO.	<i>D. Federico Blasco.</i>
DON PRUDENCIO.	<i>D. José Aznar.</i>
SERAFIN.	<i>D. Ramon Benedí.</i>

La accion en Madrid, año 185...

Esta farsa pertenece á la Galería Dramática, que comprende los teatros moderno, antiguo español y extranjero, y es propiedad de su editor *Don Manuel Pedro Delgado*, quien perseguirá ante la ley, para que se le apliquen las penas que marca la misma, al que sin su permiso la reimprima ó represente en algun teatro del Reino, ó en los Liceos y demás Sociedades sostenidas por suscripcion de los Socios, con arreglo á la ley de 10 de Junio de 1847, y decreto Orgánico de teatros de 28 de Julio de 1852.



A MI AMIGO

EL MAESTRO

DON JOSÉ ROGEL.



Querido Pepe: lo único bueno de esta farsa es la linda música con que la has adornado. Por ella, y no por el libreto, aplaude el público una y otra noche Las Garras del diablo, mal pergeñado juguete, escrito en tan corto número de horas, que á consignarlas aquí se creería petulancia. A tu talento debo, pues, la salvacion de este hijo defectuoso. Justo es que lo apadrines y recibas como una prueba del cariño que guarda para tí el corazón de tu amigo

ENRIQUE.

Madrid 12 de Noviembre de 1856.

2 DE ABRIL

DE MADRID

Don José María

Excmo. Sr. D. José María: Lo único que en esta fecha es lo
que me interesa es que se le dé un premio a los
que se han dedicado a la agricultura. Por el
no ser el objeto, y como el premio que se da
de las cosas del campo, me he acordado
escribir en tan corto espacio de horas, que a con-
siderar que en cierta manera. A la in-
teresa, pues, la educación de este tipo de
trabajo. Así es que lo que se ve y recibe como
una prueba del premio que se da para el
campo de la agricultura.

Madrid

Madrid 13 de Noviembre de 1870

ACTO ÚNICO.

Sala decentemente amueblada: puertas laterales á la izquierda.
Balcon practicable á la derecha. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA VICENTA, *ocupada en registrar el cajon de la consola.* ROSA, *junto al balcon.*

Rosa. Calla! Pues es capaz de haberse creido... Sí, me hace señas... ja! ja! ja! qué original!

Vicenta. (Cerrando el cajon y dirigiéndose á Rosa.) A qué viene ahora esa risa intempestiva?

Rosa. Ja! ja! parece una figura de movimiento.

Vicenta. Pero quién?

Rosa. Serafinito, el hijo del tendero de enfrente, que apenas me ve asomada al balcon, empieza á hacer unos visages tan estrambóticos, que toda la gente se queda parada mirándole...

Vicenta. Conque es decir que tambien te hace el amor?

Rosa. Eso no es hacer el amor, es hacer el oso. Poco se le parece á Eduardo.

Vicenta. Qué tendrá Eduardo feo para tí?

Rosa. Pues qué, no te gusta á tí? Es buen mozo, fino, elegante, con talento, y que me quiere mucho.

Vicenta. Echa, echa.

Rosa. No es verdad todo lo que digo?

Vicenta. Si, hija mia, si: ya sabes que le quiero, y una prueba de ello es que permito que venga á verte; yo sé que le amas, y solo ambiciono verte feliz.

Rosa. Mira, eso te vale un beso en mitad de esa boca, que tan buenas cosas dice.

Vicenta. Vamos, zalamera.

Rosa. Pero ahora siento haberte besado.

Vicenta. Y por qué, picarilla?

Rosa. Porque me tienes muy enfadada.

Vicenta. Sepamos el motivo, y buscaré el modo de alcanzar el perdón.

Rosa. El amor que le profesó á Eduardo es un secreto para padre.

Vicenta. Y qué importa? ya se lo diremos cuando venga.

Rosa. Sí, pero entre tanto, quiere casarme con un viejo, que maldita la falta que me hace.

Vicenta. Tienes razón, hija mia. Se ha empeñado en que contraigas matrimonio con su amigo don Casimiro...

Rosa. Don Casimiro! bonito nombre! Y no es solo eso. Qué tengo yo que ver conque hayan sido amigos de la niñez?... eso es querer sacrificar á los hijos.

Vicenta. Hija mia, como es tan rico...

Rosa. Sí, pero en cambio es viejo, calvo, feo, receloso, estúpido, en fin, un paleta vestido de señor, que quiere casarse conmigo para llevarme á la Hosa, pueblo de la Mancha, en donde solo se crían berros y mosquitos. Oh! te aseguro á que si me caso con él, me muero antes de quince días.

Vicenta. No lo quiera Dios; yo hablaré á tu padre, y te prometo que no se realizará ese matrimonio.

Rosa. Bendita seas! Qué, si tengo yo una madrecita, que merece que se la coman á besos.

Vicenta. (Si es tan mona! No, yo sabré evitarlo.)

Rosa. Es verdad que Eduardo no es muy rico, pero es abogado, y mañana... y además, tú ya sabes que yo me contento con poco... apenas cómo nada. (Con mucho candor.)

Vicenta. Ja! ja! eres una loca! yo soy rica... para quién es lo que tengo?

Rosa. Para mí... y para Eduardo, no es verdad? (Se oye ruido en la escalera.)

Vicenta. Ya están ahí los dos amigos.

Rosa. Pues dame un beso, y adios.

Vicenta. Por qué te vas?

Rosa. Ahórrame una entrevista con el manchego.

Vicenta. Anda, picarilla.

Rosa. Si vendrá hoy Eduardo! (*Vase por la izquierda.*)

ESCENA II.

DOÑA VICENTA. DON PRUDENCIO. DON CASIMIRO.

(*El traje de don Casimiro debe ser algo exagerado, como asimismo el ramo que trae en la mano.*)

Vicenta. Hace lo que quiere de mí. La quiero tanto!

Casimiro. Jesús! Jesús! y qué cambiado está Madrid.

Hola! (*Dándole una palmada en el hombro á doña*

Vicenta.)

Vicenta. (Habrás cafre!)

Casimiro. Cómo sigue mi suegra?

Vicenta. Así, así: y usted?

Casimiro. Vamos tirando.

Vicenta. (De un carro.)

Prudencio. Y qué te ha parecido el Teatro Real? La Plaza de Oriente...

Casimiro. Hombre, aquellos portátiles son magnos, sobre todo los monigotes de la fachada.

Vicenta. (Qué bárbaro!)

Prudencio. (Vamos, este es el yerno que me conviene; se dejará gobernar por mí.) Y el café del Iris?

Casimiro. Cã! Si de pronto plantáran en mitad del café al tío Zumaque y le cogia algo. Pues y el lujo! Jesús, y cuánta maledicencia en los trages! Cuando te digo que aun estoy amodorrado... Hombre, lo que no ha cambiado nada son los aguadores. Pero usted no dice nada.

Vicenta. Lo estoy oyendo á usted.

Casimiro. (Sabes que me parece que no le peto á tu mujer?)

Prudencio. Mi mujer! Y quién hace caso de mi mujer?

Casimiro. Eso es verdad; las mujeres... y qué bien conocidas las tenia el tío Cachorro! Casimiro, no te cases, me decia, porque las mujeres son como las mulas de reata; que en no dejándolas ir por donde quie-

ren, te largan un par de coces que te perniquebran.
Prudencio. Ja! ja!

Vicenta. (No se puede oír á este mameluco.) Ustedes tendrán que hablar, y...

Casimiro. No; por eso no se vaya. Delante de los viejos se puede decir todo, hasta...

Vicenta. (Hipopótamo!) Es que tengo que disponer la cena, y...

Casimiro. Eso es otra cosa.

Vicenta. Hasta luego. (Es un beduino.) (*Vase.*)

ESCENA III.

DON PRUDENCIO. DON CASIMIRO.

Casimiro. No hemos visto á mi futura! Se esconde de mí?

Prudencio. No, hombre, no, estará ocupada. Mira, yo voy á llamarla, y tú le regalas ese ramo que hemos comprado. A las chicuelas es preciso halagarlas.

Casimiro. Y tú crees que apechugará conmigo sin levantarse á mayores?

Prudencio. Si es una malva! Cuando yo te digo que serás feliz...

Casimiro. No sea que despues se me engatuse con algun mozalvete del pueblo, y...

Prudencio. Es mi hija, y sabe lo que debe hacer una niña honrada.

Casimiro. Bueno, hombre, bueno; yo lo digo, porque sentiria mucho descalabrarla de un garrotazo, porque á la verdad, esa chicuela me ha petado, y estoy por decir que desde que la quiero he perdido carnes.

Prudencio. Aprensiones.

Casimiro. No, Prudencio, el amor es un sinapismo que va consumiéndonos sin levantar vejiga, y sino, dígallo la chica del tío Cuarenta y once, que se enamoricó del barbero, y se fué quedando como una navaja de afeitar, hasta que un dia dijo: «no puedo mas!» y torció el cuello.

Prudencio. Pues yo creo que no llegará á ese extremo.

Casimiro. Dios te oiga.

Prudencio. Voy á llamarla. Tú le dás el ramo; procu-

ra hacerlo lo mejor que puedas; ella es algo aficionada á la poesía, y es preciso que tú te muestres amable con ella.

Casimiro. Pues si siempre que la miro pongo unos ojos de carnero degollado...

Prudencio. Pero es preciso que comprendas que como estas niñas de hoy día reciben una educación esmerada, les gusta oír frases escogidas, y tú eres tan á la pata la llana, que es por demás.

Casimiro. Pues mira, lo que es á haber leído no me ganan, porque yo me sé de memoria Sebastiana del Castillo, Pierres y Magalona, y el Bertoldo.

Prudencio. Yo espero que con el tiempo seais un modelo de esposos. Tú eres mi primer amigo, y pues el cielo há hecho que permanezcas soltero, es preciso que te cases con ella.

Casimiro. Ese es mi deseo... pero me parece que no me quiere, y eso que yo en cuanto la miro empiezo á sentir en la tabla del pecho unos arañazos...

Prudencio. El amor es una cosa que va entrando poco á poco; el trato engendra cariño. Tú le hablas al alma, y verás, verás.

Casimiro. Haré lo que pueda.

Prudencio. Voy á llamarla, á ver cómo te portas.

Casimiro. Pierde cuidado! Yo procuraré recordar las frases mas rimbombantes que he leído, porque eso sí, lo que es memoria... pues si cuando quieren recordar una frase estraña, todos recurren á mi.

Prudencio. Rosa, Rosita... Las flores tienen cierto influjo sobre las jóvenes, que muchas veces por una simple rosa se alcanza un sí.

ESCENA IV.

DICHOS. ROSA.

Casimiro. (Ahí está.)

Rosa. (Saludando á don Casimiro, y luego dirigiéndose á su padre.) Me llamabas, papá?

Prudencio. Sí, pichoncita mia, sí; este caballero, es decir, tu futuro esposo... quiere hacerte un regalo.

Rosa. Tanto favor... Usted es muy galante.

Casimiro. (*Presentando el ramo.*) Si, vuestro futuro Febo, digo, Marte, que viene en alas de la penumbra dedálica, á depositar en esas acústicas manos este ramo insurto, pregonero de la falange ebúrnea... digo, de la llama cinábrica que aletea en mi cuadrilátero corazon. (*Rosa procura contener la risa desde el principio de la relacion de don Casimiro.*)

Prudencio. Hombre, basta por Dios.

Casimiro. Qué?

Rosa. Ja! ja! ja! Gracias, caballero. (*Toma el ramo.*)

Prudencio. Te has elevado tanto... que...

Casimiro. Pues yo creo que ha hecho su efecto... mírala... mira cómo se rie... ja! ja! Hum! bendita seas!

Prudencio. (*Calla.*) Hija mia, desde hoy procura corresponder á la pasion que le has inspirado á este jóven.

Rosa. (*Qué sacrilegio! Si tiene lo menos medio siglo!*)

Casimiro. Yo por mi parte haré todos los imposibles!

Prudencio. (*Calla!*) Pues tanto por ser nuestro huésped, como por estar destinado á llamarse algun dia tu esposo, te debe merecer ciertas consideraciones.

Rosa. Mi único deseo es conplacerte.

Prudencio. (*A don Casimiro.*) Lo oyes?

Casimiro. Pues entonces nos podemos casar cuanto mas pronto mejor; porque á mí me urge. Ogaño está todo como órgano de Móstoles, y como dice el refran, el ojo del amo engorda al caballo, y mas hace el que puede que el que quiere, y los duelos con pan son menos. Pero al fin y al postre, y además...

Prudencio. Sí, hombre.

Rosa. Oh! Papá, deje usted que se esplique este caballero; es tan agradable su conversacion...

Casimiro. (*A don Prudencio.*) Tú, ves cómo le gusta mi modo de hablar?

Prudencio. (*Ap.*) (*Qué salvage!*)

Casimiro. (*A don Prudencio.*) Yo creo que la he engarruchado.

Prudencio. (*Si no me lo llevo, lo hecha á perder.*) Vamos á ver lo que hace Vicenta.

Casimiro. Vamos. Conque adios, y mandar.

Rosa. Beso á usted la mano.

Casimiro. (*Al irse, haciendo un gesto ridiculo.*) Hum!

y qué hermosa que te ha criado el Todopoderoso!
(*Vanse por la izquierda don Prudencio y don Casimiro.*)

ESCENA V.

ROSA, *con un ramo en la mano.*

Ja! ja! ja! El bueno del manchego es todo lo estúpido que se puede ser. Y que se empeñe papá en que me case con semejante hombre? Oh! eso es imposible, de todo punto imposible!... Pero, y este ramo? Dios mio! Si viniese Eduardo y me viese con él, tal vez creería que yo... El caso es que no sé qué hacer. Le arrojo, ó le guardo?

Música.

ROMANZA.

Pobres flores, pobres flores,
emblema de los amores
de un sesenton,

que segun la fama cuenta
tiene de renta
mas de un millon.

Las peluconas
del viejo cerril
á mi papita
le hacen tilin.

Y á mi los ojos
del jóven galan,
aquí en el pecho
me hacen talan.

Entre el tilin,
entre el talan,
corazon mio,
quién vencerá?...

No es dudosa la eleccion;
vayan las flores
por el balcon.

(*Rosa corre al balcon y arroja el ramo á la calle. En este momento aparece Eduardo por el foro, y se di-*

rige precipitadamente al balcon, de modo que el público conozca que ha visto lo que Rosa tiró á la calle.)

ESCENA VI.

ROSA. EDUARDO.

- Rosa.* (Sorpresa.) Ah! me ha visto!
- Eduardo.* A punto ha estado el galan para coger las flores.
- Rosa.* Qué dice usted?
- Eduardo.* Digo, señorita, que con ese ramo tambien ha tirado usted á la calle mi amor.
- Rosa.* Usted se equivoca; su amor de usted está aquí, (Señala el corazon.) y no merezco por cierto esa reconvencion.
- Eduardo.* Negará usted que el venturoso galan estaba esperando...
- Rosa.* Es usted muy mal pensado, y por lo mismo no quiero darte ninguna explicacion. (Desde este momento debe llevarse la escena mas viva, de modo que vaya creciendo hasta la entrada del duo.)
- Eduardo.* Y hará usted bien; yo tampoco las necesito.
- Rosa.* Que no las necesitas?... (Traidor! falso! perjuro!!) (Rompiendo los papeles que habrá sobre la mesa.)
- Eduardo.* Venia á ver á su mamá de usted.
- Rosa.* Conque no venia usted por mí?
- Eduardo.* (Riendo.) No señora. (Sentándose.)
- Rosa.* Pues bien, mejor. (Volviendo la espalda.)
- Eduardo.* (Reniego!...)
- Rosa.* No piense usted que por eso me enfado.
- Eduardo.* Ni yo tampoco. (Dando vueltas al sombrero con rabia.)
- Rosa.* Pues bien!
- Eduardo.* Pues rebien!
- Rosa.* Qué!... si estoy contenta! (Llorando.)
- Eduardo.* Y yo rabio de felicidad.
- Rosa.* Y en prueba de ello, voy á ponerme á cantar.
- Eduardo.* Y yo tambien.
- Rosa.* Ham! ya me tragué un pan!
- Eduardo.* Hom! me comí un capon! (Se levantan los dos, y quedan dándose la espalda.)

Música.

DUO.

- Eduardo. No viene la ingrata?
 Rosa. No viene el cruel?
 Eduardo. Yo estallo!
 Rosa. Yo muero!
 Eduardo. Egem!
 Rosa. Egem!
 (Se vuelven los dos de frente.)
 Los dos. Qué se le ofrece á usted?
 Eduardo. Yo no fui.
 Rosa. Usted fué.
 Eduardo. No fui yo.
 Rosa. Sí fué usted.
 Eduardo. Ja, ja, ja, ja, ja, ja.
 Reir es lo mejor!
 Rosa. Ja, ja, ja, ja, ja, ja.
 Reiremos, si señor!...
 Eduardo. Falsa! Falsa!
 Rosa. Ingrato!... (Llorando.)
 Eduardo. Y llora?...
 (Se acerca y le coge la mano.)
 Rosa. Perdon, perdon, perdon!
 Al que duda de mí
 si no tiene razon,
 de rodillas aquí
 ha de implorar perdon...
 Eduardo. Sin razon te ofendí
 al dudar de tu amor.
 De rodillas aquí
 yo te imploro perdon.
 Rosa. Eduardo! Eduardo!
 Eduardo. Te adoro!
 Rosa. Seré yo tu Angélica.
 Eduardo. Seré tu Medoro.
 Eduardo. } Jamás, bien mio,
 Rosa. } dudes de mí,
 porque tu imágen
 la tengo aquí.
 Nunca los celos

tornen á herir
con sus sospechas
mi amor sin fin.

(Eduardo, al concluir el duo, besa la mano á Rosa, á cuyo tiempo aparece por el foro Serafin, con el ramo de flores en la mano, y don Casimiro, por la puerta de la izquierda.)

ESCENA VII.

DICHOS. DON CASIMIRO. SERAFIN.

Serafin. Qué atrevido!

Casimiro. (Ap.) (Canastos!... Besuca! besuca!)

Rosa. (Viendo á don Casimiro.) Ay!

Eduardo. (Disimulando, y á Rosa.) Digale usted á su mamá que la espero.

Rosa. (Ap.) Adiós. (Rosa vase por el foro izquierda, y Eduardo se sienta y coge un periódico. Serafin entra en la escena y se dirige á don Casimiro, y quedan apartados de Eduardo.)

Casimiro. Y su padre, que me decia... No, no, arre allá.

Serafin. Caballero, no es verdad que ese jóven es algo inmoral?

Casimiro. Eh? (Viendo el ramo que trae Serafin en la mano.) (Calle! ese es mi ramo!)

Serafin. Supongo que usted habrá visto... lo de el... (Hace como que dá un beso.)

Casimiro. Demasiado, señor de... cómo?

Serafin. Serafinito, para servir á Dios y á usted.

Casimiro. (No me cabe duda, engatusa á los dos. Horror!)

Serafin. Si es cosa que me indigna, que me sulfura.

Eduardo. (Ap.) (Será el manchego?)

Serafin. Y qué desengaños nos llevamos á lo mejor los hombres, señor don... la gracia de usted?

Casimiro. Mi gracia?... Yo no tengo gracia ninguna.

Serafin. Digo, su nombre de usted?

Casimiro. Ah!... Casimiro Robles.

Serafin. Pues bien, señor de Robles, confiese usted que mi rival está muy mal educado.

Casimiro. Calle! Conque usted tambien le hace corroclocos.

Serafin. Si señor; pero los malditos gallos siempre se complacen en ahogar en flor las pasiones de los pollos. Bien pódia el gobierno evitar esas cosas; no es verdad, señor don...

Casimiro. Casimiro Robles, y van dos.

Eduardo. Ja! ja!

Casimiro. Eh!

Serafin. Ah!

Eduardo. Decian ustedes...

Casimiro. Nada.

Serafin. Servidor de usted, caballero.

Eduardo. Salud, pollo.

Serafin. Qué insolente! Me llama pollo! Que no haya por aquí un agente de policia!

Casimiro. Mire usted, me parece que se está burlando de su gallega de usted.

Serafin. Burlándose?

Casimiro. (Si yo pudiese lograr que se diesen de cachetes...) Conque usted tambien... le hace arrumacos á la chicuela?

Serafin. Toma, toma! Pues si lo sabe toda la vecindad.

Casimiro. Si?

Eduardo. Con estos rivales, la victoria no es difícil.

Serafin. Soy un calavera. Mi padre siempre me dice: «Serafin, á tí te va á pasar algo;» pero á mí... ¡quía! soy muy cuco, muy largo...

Casimiro. Y quién es el padre de usted?

Serafin. El de la lonja de enfrente.

Casimiro. Ah!!

Serafin. Si viera usted, esa chica me ha inspirado un amor de sesenta grados. Así es que estoy las horas muertas en el portal de mi casa con los ojos fijos en los cristales de su balcon. Cuando veo su carita de rosa detrás de los visillos, mi corazon empieza á hacer tipití, tipitá! que traducido al castellano quiere decir «ahí está.» Si se asoma al balcon, entonces es otra cosa; mi sensible pecho se agita como una locomotora, y el tic, tac, quiere decir: «Me gusta mucho.» Y si por ventura me mira y se sonrie con aquella boquita de piñon, de una legua se oye el run,

run, que quiere decir: «Acúdeme, valor, brotó la llama.»

Casimiro. (Estoy por encajarle un zarpazo.)

Serafin. Y no es eso lo peor, sino que embebido con el recuerdo de mi Filis, cometo mil disparates. «Dos cuartos de almidon...» yo... pam! un cuarteron de macarrones... ya ve usted! un hombre con amor está exento de sentido comun.

Eduardo. Ya me voy impacientando.

Casimiro. Y Rosita corresponde?...

Serafin. Uf! lo tengo muy adelantado.

Casimiro. (Guarda, Pablo.) Sí, eh?...

Serafin. Aquí para inter nos, tengo el terreno descubierto. (*Don Casimiro le conduce á un lado del prosenio, y mientras le sujeta con la una mano, con la otra le amenaza sin que Serafin lo vea.*)

Casimiro. Conque usted ha descubierto...

Serafin. Sí.

Casimiro. Y qué ha visto usted?

Serafin. He visto... que ella no es de cal y canto.

Casimiro. Ah!

Serafin. Me ha tirado este ramo.

Casimiro. Oh!

Serafin. Y cierta aventurilla...

Casimiro. Eh!... (Alerta, Casimiro.)

Serafin. La hará decidirse.

Casimiro. (Malo, malo.)

Serafin. Las mujeres son como las castañas, cuanto mas se cuecen, mas blandas.

Casimiro. (Ya no me caso.)

Serafin. Yo soy muy calavera.

Casimiro. Me parece que se está burlando de usted aquel jóven. (*Eduardo se ríe.*)

Serafin. Creo que sí.

Casimiro. Oiga usted un consejo. Si quiere llevarse á la chica, debe usted armar camorra con ese rival.

Serafin. Pero y si es de armas tomar?

Casimiro. Le asusta la sangre. Me consta.

Serafin. Pues mire usted qué casualidad! A mí me sucede lo mismo.

Casimiro. Pecho al agua.

Serafin. Pero...

Casimiro. Garrotazo y tente tieso.

Serafin. Pero usted me asegura que no corro peligro?

Casimiro. Dé usted primero, y nada tema. Yo estoy aquí, y...

Serafin. Tiene usted razon. Un rasgo... á lo Cid... y ella es mia.

Casimiro. Eso, eso. (Avisaré á mi suegro.) (Vase.)

ESCENA VIII.

EDUARDO. SERAFIN.

Eduardo. (Y no se marcha!)

Serafin. (Valor! ay! por dónde empezaré... mis piernas parecen un palillo de barquillero.)

Eduardo. (Tentado estoy... no, contengamos...)

Serafin. Caballero...

Eduardo. (Levantándose.) Señor mio...

Serafin. Usted es... pero... yo... no soy...

Eduardo. Ja! ja! qué le pasa á usted? Tiene usted el baile de San Vito?

Serafin. Señor mio, usted ha besado la mano de la Rosita... yo necesito los labios de usted.

Eduardo. (Cogiéndole por el cuello.) Insolente!

Serafin. Ay! Ay! Ay!

Eduardo. Silencio! (Le suelta y se dirige á la puerta de la izquierda. Serafin va á caer junto á una mesa; al mismo tiempo salen don Prudencio y don Casimiro. Serafin al verles se esconde bajo de la mesa, de modo que al volverse Eduardo no le encuentra.)

ESCENA IX.

DICHOS. DON PRUDENCIO. DON CASIMIRO.

Prudencio. Qué escándalo es este?

Eduardo. (Don Prudencio... malo!...)

Casimiro. Adónde estará el otro?...

Serafin. (El papá!... Creo en Dios Padre...) (Asomando la cabeza por debajo del tapete.)

Prudencio. Caballero! De ese modo falta usted al respeto que se debe á una casa como la mia?

- Casimiro.* (Chúpate esa.)
Eduardo. Repare usted que... (Si cojo al pollo...)
Serafin. (Su único Hijo!)
Prudencio. Por esa puerta se va á la calle.
Casimiro. (Toma castañas.)
Eduardo. Me despide usted!...
Casimiro. Pues no puede ser mas claro.
Eduardo. A usted no le dán vela en este entierro.
Casimiro. Pues yo me la tomo.
Eduardo. Usted es un insolente.
Prudencio. Silencio!...
Serafin. (Y resucitó de entre los muertos.)
Eduardo. Está bien; me marchó. (Me ahoga la rabia!)
Prudencio. En cuanto á la niña, sepa usted que este caballero se llamará en breve su esposo.
Casimiro. Sí señor. (Rabia, lechuguino.)
Eduardo. Despues de lo que he oído, sé lo que me toca. Beso á usted la mano.
Prudencio. Repito lo mismo.
Casimiro. Y yo lo mesmo.
Eduardo. (Oh! la veré, la veré esta noche. (Vase por el foro.)

ESCENA X.

DICHOS, menos EDUARDO.

- Prudencio.* Qué te parece? me he portado! pero qué diablo buscas?... (Don Casimiro dá vueltas por el teatro como buscando algo.)
Casimiro. Al otro.
Prudencio. A qué otro?
Casimiro. Al otro novio; al hombre comino...
Prudencio. Casimiro! Creo que los celos trastornan tu cabeza.
Casimiro. Si sabré yo lo que me digo? Eran dos; el uno le besó la mano, y el otro tenía mi ramo.
Prudencio. Eso es imposible! Conozco á la niña, y sé que te ama.
Casimiro. Prudencio!... Esa no cuela.
Prudencio. Esa duda me incomoda.
Casimiro. Mira que las mujeres son el demonio!... aqui para inter nos, creo que el talegon de tu mujer...

Prudencio. Eh!...

Casimiro. Tiene la culpa de todo.

Serafin. (Daría veinte cuartos por hallarme vendiendo mecarrones.)

Prudencio. Pues no faltaba otra cosa que Vicenta apadrinara à esa rapazuela! (*Se sienta junto à la mesa.*)

Casimiro. Nada, nada, palo seco con todas.

Prudencio. Oh! yo te prometo que he de portarme como un Neron. Sí, es preciso que el principio de autoridad se restablezca en esta casa. Quiero ser rey absoluto, y lo seré. (*Le dá con el talon à un taburete que está junto à la mesa, el cual choca con la cara de Serafin.*)

Serafin. Ay! ay!...

Prudencio. } Qué!... (*Mirándose asombrados, y reconociendo la escena con miedo.*)
Casimiro. }

Prudencio. Aquí pasa algo; yo he oído una voz humana.

Casimiro. Yo también. (*Don Prudencio señalando la mesa.*)

Prudencio. Calla!... Esto es una bota. (*Serafin se acurruca todo lo que puede, y saca la cabeza por el otro extremo de la mesa.*)

Casimiro. A ver!... yo no veo nada!

Serafin. (Quisiera evaporarme!)

Prudencio. Oh! no, no me cabe duda: yo he visto una bota.

Casimiro. Calla! Pues yo veo una gorra.

Prudencio. Hola! hola!...

Casimiro. Qué?

Prudencio. Que no me he engañado; es una bota unida à una pierna.

Casimiro. El de el ramo!... (*Tirando de la pierna, sacan à Serafin medio à rastras.*)

Serafin. Ay! ay! Cuidado mi pierna.

Prudencio. Adónde hay un palo?

Serafin. Perdon, papá suegro. (*Arrodillándose.*)

Casimiro. Conque perdon?

Prudencio. Y qué hacia usted debajo de la mesa?

Serafin. Rezaba el Credo.

Casimiro. Pues pronto, llegue usted al su único Hijo, que voy à deslomarle.

Serafin. Detenga usted á ese hombre, que no haga una barbaridad.

Prudencio. Casimiro, deja que se explique este niño.

Casimiro. Eso es lo que quiero.

Serafin. Pues sepa usted que yo adoro á Rosita, que la amo, y si usted consiente en darme su mano... mi papá no es ningun pelagatos, me pondrá una tienda, y podremos ser felices; á mas, tengo dos cuartos de accion en la mina *Falta-poco y nunca-llego*, y en recaudando los minerales que hay cortados, le compraré coche, y para mí, caballo inglés.

Prudencio. Ja! ja! Ríete, hombre, ríete.

Casimiro. Sí, ríe, ríe; pero el caso es que tu chica le ha regalado el ramo que yo le di.

Serafin. Oh dicha! Conque le ha despreciado á usted por mí?

Casimiro. Si no cierra la boca... (*Amenazándole.*)

Serafin. Jesus qué hombre!...

Prudencio. Caballerito, como vuelva usted á mirar á Rosa, le saco los ojos.

Serafin. Inhumano!

Casimiro. Yo le desnalgo de una coz.

Serafin. Qué cerril!

Prudencio. Conque lo dicho...

Serafin. Ya, ya...

Casimiro. Mucha memoria.

Serafin. Bien.

Prudencio. Pues de lo contrario...

Serafin. Dios mio, qué ojos!...

Casimiro. A la primera, pam! (*Dándole en el hombro.*)

Serafin. Uy!...

Prudencio. En cuanto la mires, pum!

Serafin. Ay! (*Cae sobre una butaca.*)

Prudencio. Se ha desmayado?

Casimiro. Mirale el ojo, no sea que haya muerto.

Serafin. Yo soy cadáver.

Prudencio. Hombre, tú crees... (*Asustado y arrimándose á don Casimiro.*)

Casimiro. (Lo que es la puñada ha sido de ley, y como él es tan enclenque...)

Prudencio. No se mueve!

Casimiro. Lo mejor será aplicarle la luz á las narices,
y... (*Se dirigen los dos á por la luz.*)

Prudencio. Tienes razon.

Serafin. Verdugos! fuego! fuego!... (*Desaparece por el foro.*)

Casimiro. Ja! ja! ja!...

Prudencio. Ah bribon! Conque estás-vivo?

ESCENA XI.

DICHOS. DOÑA VICENTA. ROSA.

Vicenta. Qué voces son estas?...

Prudencio. Déjame.

Rosa. Pero qué ocurre, papá?

Casimiro. Duro con ella.

Prudencio. Señora, usted es... (tente, lengua!)

Vicenta. Vamos, acaba.

Prudencio. Hay moros en la costa.

Rosa. Qué será esto?

Vicenta. Vamos, qué bicho te ha picado para poner esa cara de vinagre?

Prudencio. Véngase usted ahora con pullitas.

Casimiro. Gorrotazo, garrotazo.

Prudencio. (Calla.) Doña Vicenta, usted es un inconveniente, usted es un... (mejor es callar.)

Vicenta. Señor don Prudencio, usted es un imbécil.

Prudencio. Vicenta, Vicenta, mira que si reviento...

Vicenta. Revienta, hijo, revienta!...

Casimiro. (Ahora se pegan.)

Rosa. Pero papá...

Prudencio. Conque dos amantes?

Vicenta. Cómo!

Rosa. Qué?

Prudencio. Silencio! A tu cuarto.

Rosa. Eso es una crueldad.

Casimiro. Señores, buenas noches. (Allá se las compongan.) (*Vase.*)

Vicenta. Espílicate de una vez, ó nos oirán los sordos.

Prudencio. Vete, niña, vete; necesito hablar con tu madre.

Rosa. Obedezco. (Qué es esto?)

ESCENA XII.

DOÑA VICENTA. DON PRUDENCIO.

(Esta escena debe llevarse con mucha viveza, y los actores deben hacerla todo lo mas levantada posible en la parte de la mímica.)

Prudencio. Señora, eran dos.

Vicenta. Las hijas de Elena.

Prudencio. Y canta usted?

Vicenta. Pues no he de cantar, si está tocando el violon?

Prudencio. Esto no se puede tolerar.

Vicenta. Pero sepamos, qué pasa aquí?

Prudencio. Que me has perdido á la niña, que tiene dos amantes, y que no quiero que se case con ninguno de ellos, y por lo mismo la caso mañana con mi amigo Casimiro.

Vicenta. Has acabado?

Prudencio. Sí.

Vicenta. Pues yo, que soy su madre, no quiero sacrificar á mi hija.

Prudencio. Vicenta!...

Vicenta. No quiero que muera tísica á los cuatro dias al lado de ese zopenco: y en cuanto á lo de los dos amantes, te diré que Rosa solamente ama á don Eduardo, y ese jóven es mas digno de su mano que no el Nabucodonosor de don Casimiro. He dicho.

Prudencio. Quién manda aquí?

Música.

DUO.

Vicenta. Yo!...

Prudencio. Tú?

Vicenta. Yo!!

Prudencio. *(Levantando los puños sobre su cabeza y avalanzándose á su esposa.)*

Hum!!!

(Conteniéndose y cogiendo la luz, se dirige por segunda vez á su mujer, á la cual le dice con aspereza:)

Buenas noches.

Vicenta. - (*Haciéndole una mueca.*) Señor don Simon.
 (*Coge la otra luz. Don Prudencio se detiene, la mira con rabia, y dejando el candelero sobre la mesa, se dirige hácia ella, y le dice:*)

Prudencio. Si á ese novel amante

hallo otra vez aquí,
 te advierto que esta casa
 será otro San Quintín!...

Vicenta. No esperes que á mi Rosa

entregue á ese animal,
 que solo se merece
 la burra de Balan.

Eh! Eh! (*Burlándose.*)

Prudencio. Quién manda en esta casa?

Vicenta. Uh! uh!

Quién manda? Solo yo.

Prudencio. Yo el amo soy, señora.

Vicenta. Yo el ama soy, señor.

Prudencio. O callas, ó la victima
 primera serás tú.

Vicenta. Turú, turú.

Turú, turú.

Prudencio. Se burla usted de mí?

Vicenta. Tiriririri.

Prudencio. La voy á estrangular!!!

Vicenta. Ta, ra, ra, ra, ra.

Prudencio. Señora, que me irrito!!!

Vicenta. Pobre negrito,
 qué triste está.

Prudencio. Silencio! Silencio!!

Vicenta. No quiero callar.

Prudencio. No me alces el gallo,

no me alces la voz,

ó toda la casa

va por el balcon.

Vicenta. A mí no me asusta

tu gesto feroz:

no me alces el gallo,

no me alces la voz.

Prudencio. Buenas noches.

(*Coge la luz, saluda, y se va.*)

Vicenta. Señor don Simon! (*Idem.*)

ESCENA XIII.

El teatro queda un momento solo y oscuro. ROSA, con una luz.

Rosa. Ya se fueron... Ay! Al verles tan enfadados, ni me atrevía á entrar el canario del balcon; el pobrecito estará muerto de frio. Vamos á descolgarle: hijito mio, y qué acurrucadito está. No puedo comprender el enojo de mi padre; habrá sabido... sea lo que fuere, tengo confianza en que mi mamita me sacará de este apuro. Vamos á dormir: qué digo!... á pensar en mi Eduardo.

ESCENA XIV.

ROSA. EDUARDO, por el balcon.

Eduardo. Es preciso que la vea. Oh! es ella! chist!

Rosa. Ah! (*Quedando inmóvil.*)

Eduardo. Chits...

Rosa. Creo que me llaman.

Eduardo. Rosa, soy yo, no tengas miedo.

Rosa. Eduardo, será cierto?

Eduardo. Sí, dueño mio; no he podido resistir al deseo de terminar esta duda que me atormentaba.

Rosa. Dios mio! si saliese papá... Vete, vete...

Eduardo. Solo una palabra que me tranquilice, y bajo por donde he subido.

Rosa. Vamos, despacha.

Eduardo. Tu padre me ha despedido, y necesito saber si tendrás valor para negarte al casamiento que te proponen.

Rosa. Yo cumplo siempre lo prometido; tuya es mi mano como lo es mi corazón.

Eduardo. Bendita sea esa boca.

Rosa. Ahora vete.

Eduardo. Sí, me voy, me voy á pensar en la felicidad que tus palabras derraman en mi pecho.

Rosa. (*Acabemos.*) Adios. (*Vase con la luz por la izquierda.*)

ESCENA XV.

EDUARDO.

Rosa, Rosita! si al menos me hubiese dejado la luz...
Dónde diablos estará el balcon?

ESCENA XVI.

EDUARDO *va recorriendo el teatro hasta quedarse junto á la puerta de don Casimiro. En este momento asoma la cabeza por el balcon* SERAFIN.

Serafin. La aventura es algo arriesgada; pero no hallo otro medio: me pilla el padre, se arma un escándalo, y nos casan.

Eduardo. Me he desorientado.

Serafin. Parece que anda alguno por la sala.

Eduardo. Esto es un compromiso.

Serafin. Diosa de los amores, haz que los ojos de mi corazon me guien al cuarto de mi Clóris. (*En este momento Eduardo y Serafin se hallan junto á la puerta del cuarto de don Casimiro. Este sale con una luz en la mano.*)

ESCENA XVII.

EDUARDO. SERAFIN. DON CASIMIRO.

Casimiro. Creí haber oído...

Eduardo. Un hombre! (*Le apaga la luz y le coge por un brazo.*)

Serafin. Dos hombres! (*Eduardo coge del otro brazo á Serafin, les arrastra bruscamente hasta el sofá, en el cual caen los dos. Eduardo se queda de pié detrás de él, les tapa la boca, y les sujeta contra el respaldo, de modo que no puedan hablar. Don Casimiro y Serafin procuran desasirse haciendo todos los movimientos mas convenientes para la situacion.*)

Música.

TERCETO.

Casimiro. Soco...

Serafin. Favo...
 Eduardo. (*Tapándoles las bocas y tirándoles en el sofá.*)

Callad!

Si aquí al terror no apelo
 perdido soy.

Yo soy un alma en pena
 que vengo por los dos.
 Dejemos que respiren.

Serafin. Ham!...

Casimiro. Ham!

Eduardo. Chiton!

Adónde, Dios benéfico,
 adónde está el balcon?

No sea que se ahoguen...

(*Les deja respirar un momento.*)

Casimiro. } Ham... ham... hom!

Serafin. }

Eduardo. Oh! Suerte misera!

Perdido estoy!

Se ahogan los prójimos!

Serafin. } Ham... ham... hom!...

Casimiro. }

Eduardo. Venid, espectros hórridos,

y en rápido turbion

llevaos á los réprobos.

Ruuuuuum pum.

(*Eduardo empuja bruscamente á los dos.*)

Serafin. } Muerto soy!

Casimiro. }

(*Serafin cae dando traspiés en una butaca. Casimiro en el sofá.*)

Eduardo. Maldito balcon!

Casimiro. Uy! Uy!

Serafin. Ay! Ay!

Eduardo. En aquel cuarto se ve luz; será ella.

(*Se dirige hácia la puerta última de la izquierda.*)

Casimiro. Ya parece que me falta la respiracion.

ESCENA XVIII.

DICHOS. DON PRUDENCIO, *con gorro de dormir, bata, una espada, y luz.*

Casimiro. (*Viendo á don Prudencio.*) Ese debe ser Vulcano!... Uf! no quiero verle. (*Se tapa la cara.*)

Prudencio. Jesus, María y José! (*Eduardo, que estará junto á la puerta por donde sale don Prudencio, le apaga la luz.*)

Eduardo. Este nos faltaba!

Prudencio. Señor ladron, yo soy un padre de familia honrado. (*Sentándose sobre Serafin.*)

Serafin. Ay!...

Prudencio. (*Sin moverse.*) Huy...

Casimiro. Hablan el castellano!...

Prudencio. Yo... me la pa... Ay!...

Casimiro. No, ese debe ser inglés.

Serafin. Señor demonio, que me espachurra usted.

Prudencio. Calla! Me parece que esa voz...

Eduardo. Maldito balcon!

Casimiro. Señor Vulcano! Señor Vulcano!

Prudencio. Es la voz de Casimiro. (*Alto.*) Casimiro!

Casimiro. Ay... Sabe cómo me llamo...

Prudencio. Qué diablos es esto? Si son ladrones, lo mejor es meterles miedo. Roque, Bruno, Jorge!

Casimiro. Calla! y se nombran como por allá!

Prudencio. Socorro!

Serafin. Llegó mi hora! (*Eduardo, al ver salir á doña Vicenta, se esconde en el foro.*)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS. DOÑA VICENTA y ROSA, *con luz.*

Vicenta. Qué ocurre...

Rosa. Papá...

Prudencio. Ay prendas de mi vida! yo no sé lo que me pasa!

Eduardo. Aquí ardió Troya.

Prudencio. Alumbrad...

Casimiro. Qué veo! Es Prudencio! Yo estoy en habia!
Prudencio. Casimiro! Tú aquí!

Vicenta. } Ja, ja, ja...
Rosa. }

Casimiro. Pero y los diablos?

Prudencio. Qué diablos?

Casimiro. Los que me llevaban...

Rosa. Dios te oiga!

Prudencio. Tú has perdido el juicio.

Serafin. (No señor, que dice la verdad.)

Rosa. } Serafinito!...
Vicenta. }

Prudencio. Usted otra vez? Ahora le mato.

Serafin. Defiéndame usted, señorita; diga usted que me ama.

Rosa. A la otra puerta.

Vicenta. Pelele!

Prudencio. Botarate!

Casimiro. Yo estoy en el Limbo.

Serafin. Ilusiones engañosas!

Prudencio. Pero no hay nadie que me explique...

Eduardo. (Saliendo por el foro.) Yo, si usted me promete perdonarme.

Rosa.

Vicenta. } Eduardo!...
Prudencio. }

Eduardo. Sí, el mismo, que al verse despedido tan cruelmente de esta casa, quise saber si podía contar con el amor de Rosa, y cometi la imprudencia de entrar por el balcon; pero usted es bueno, y espero me perdonará: yo adoro á su hija; el amor, pues, sea la disculpa de mi pecado; ahora solo me toca esperar la penitencia.

Rosa. Papá, vamos, qué te cuesta decir que sí?

Vicenta. Prudencio, anda, hijo mio, si se quieren tanto como nosotros allá, por entonces.

Prudencio. Pero y este se ha de quedar á la luna de Valencia? (A don Casimiro.)

Casimiro. Yo se la cedo, y me vuelvo á la Hosa.

Prudencio. Hágala usted feliz. (Pausa.) Pero y este? (A Serafin.) Por dónde ha entrado...

Serafin. Por el balcon: el amor...

Casimiro. Hombre, y el diablo que me tapó la boca con aquellas gorras negras?

Eduardo. Perdona usted, amigo mio, yo buscaba el balcon para escapar, pero usted tuvo la maldita ocurrencia de salir con la luz, y yo... Pam! (*Haciendo la seña de taparle la boca.*)

Música.

Casimiro. Ha!...

Vicenta.

Todos.

Haa!

Haaa!!

Señores, buenas noches,
la farsa se acabó.
No aplauden? Tramoyista,
abajo ese telon.

FIN DE LA FARSA.

Examinada por el censor de turno, y conforme con su dictámen, puede representarse esta farsa titulada: «*Las garras del diablo.*» = Madrid 3 de Noviembre de 1856. = El Gobernador. *Zaragoza.*

nor español (comedia).—Honor español (alegoría).—Honoraria.—Hora y provecho.—Hostería de Segura.—Haz bien sin mirar á quién.

Improvisaciones.—Incertidumbre y amor.—Independencia.—Independientes.—Infanta Galiana.—Ingriga y amor.—Intrigar para morir.—Ir por lana.—Isabel de Babiera.—Yerros de la juventud.—¿a murió Napoleón.

Jacobo II.—Jadraque y París.—Juana de Castilla.—Juana y Juanita.—Juan Dandolo.—Juan de Suavia.—Juan de Padilla.—Judía de Toledo.—Juglar.—Juicios de Dios.—Jusepo el Veronés.—Jura de Santa Gadea.—Justicia aragonesa.

Lances de Carnaval.—Lázaro el pastor.—Lealtad de una muger.—Libelo.—Loca de Londres.—Loca fingida.—Lobo marino.—Lo vivo y lo pintado.—Lucrecia Borgia.—Lucio Junio Bruto.—Luisa.—Luis oncenno.—Llueven bofetones.

Mac Allan.—Macías.—Madre de Pelayo.—Magdalena.—Makbet.—Mansion del crimen.—Marcela, ó á cuál de los tres.—Marcelino el tapicero.—Margarita de Borgoña.—María Remond.—Marido de la bailarina.—Marido de mi muger.—Marido y el amante.—Marino Faliero.—Massanielo.—Mas vale llevar á tiempo.—Máscara reconciliadora.—Matamueertos y el cruel.—Mateo, ó la hija del Espagnoletto.—Matilde.—Me voy á casar.—Me voy de Madrid.—Médico y huérfana.—Medidas extraordinarias.—Menor razon la espada.—Memorias del diablo.—Memorias de un coronel.—Memorias de un padre.—Mentir con noble intencion.—Mercader flamenco.—Mi Dios yo.—Mi empleo y mi muger.—Miguel y Cris-tina.—Mi honra por su vida.—Mi Secretario y yo.—Misterios de Madrid.—Mi tío el jorobado.—Molina.—Molino de Guadajara.—Morisca de Alajuar.—Moedades de Hernan Cortés.—Muérete y ven-nera.—Muger de un artista.—Muger gazmoña.—Muger literata.—Mulato.—Mauregato, ó el feudo de cien doncellas.

Ni el tío ni el sobrino.—Noche toledana.—No ganamos para sustos.—No hay mal que por bien no venga.—No hay humo sin fuego.—No mas mostrador.—No mas muchachos.—No siempre el amor es ciego.—Novia de pslo.—Novio y el concierto.

Obrar cual noble aun con celos.—Ocasion por los cabellos.—Odio y amor.—Oliva y el laurel.—Otra casa con dos puertas.—Otro diablo predicador.

Pablo el marino.—Pablo y Paulina.—Paciencia y barajar.—Pacto del hambre.—Padre é hijo.—Padres de la novia.—Padrino á mogicones.—Page.—Palo de ciego.—Pandilla.—Parador de Bailen.—Patria.—Parte del diablo.—Partidos.—Para un traidor un leal.—Partir á tiempo.—Pascual y Carranza.—Pata de cabra.—Pedro Fernandez.—Pelo de la dehesa, primera parte.—Pelo de la dehesa, segunda parte.—Peluquero de antaño.—Pena del Talion.—Perder y cobrar el cetro.—Perla de Barcelona.—Perite.—Perros del monte de San Bernardo.—Pesquisas de Patricio.—Pilluelo de París.—Plan quito entre ellos.—Pluma prodigiosa.—Pobre pretendiente.—Poeta y beneficiada.—Polvos de un drama.—Plan, plan.—Pluma prodigiosa.—Pobre pretendiente.—Poeta y beneficiada.—Pozos de la madre Celestina.—Ponchada.—Por él y por mí.—Por no explicarse.—Por no decir la verdad.—Pozo de los enamorados.—Premio del vencedor.—Prensa libre.—Primera leccion de amor.—Primero yo.—Primeros amores.—Primito.—Príncipe de Viana.—Probar fortuna.—Pro y contra.—Proscrito.—Protestante.—Pueblas de amor conyugal.—Puntapié y un retrato.—Puñal del godó.

Qué dirán.—Qué hombre tan amable.—Quien mas pone pierde mas.—Quiero ser cómica.—Quiero ser cómico.—Quince años despues.

Ramillete y la carta.—Redaccion de un periódico.—Redoma encantada.—República conyugal.—Rey monge.—Rey loco.—Rey se divierte.—Rey y el aventurero.—Reina por fuerza.—Retascón.—Ribera ó la fortuna etc.—Ricardo Darlington.—Rico por fuerza.—Rigor de las desdichas.—Roberto D'Arvel-de.—Roberto Dillon.—Rodrigo.—Rosmunda.—Rueda de la fortuna, primera parte.—Rueda de la fortuna, segunda parte.

Saul.—Samuel.—Sancho Garcia.—Santiago el corsario.—Secretario privado.—Segundo año.—Segunda dama duende.—Ser buen padre y ser buen hijo.—Siglo XVIII y siglo XIX.—Simon Boccanegra.—Simpatías.—Sin nombre.—Sitio de Bilbao.—Sociedad de los trece.—Sofronia.—Solaces de un prisionero.—Solitarios.—Soltera, viuda y casada.—Solterona.—Soprano.—Sotillo.—Soto.—Soto ma-nyor.—Stradella.—Shakespeare enamorado.

Tanto vales cuanto tienes.—Tasso.—Teodoro.—Testamento.—Tienda del rey don Sancho.—Tigre de Bengala.—Tío Marcelo.—Tío Tararipa.—Todo es farsa en este mundo.—Toma y daca.—Tóo jué de groma.—Toros y cañas.—Tran Tran.—Tras él á Flandes.—Travesuras de Juana.—Trenza de sus ca-bellos.—Tres enemigos del alma.—Trovarador.—Tu amor ó la muerte.—Tumba salvada.—Tutora.

Valeria.—¡¡ Vaya un par!!—Vellido Dolfos.—Veneciana.—Venganza de un caballero.—Venganza de un pechero.—Ventorillo de Alfarache.—Ventas de Cárdenas.—Vengar con amor sus celos.—Vicente Paul, ó los espositos.—Vaso de agua.—Verdad por la mentira.—Verdad vence apariencias.—Vic-ja del candilejo.—Vigilante.—Viriato.—Virtud en la deshonra.—Visionaria.—Vuelta de Estanislao.

Un alma de artista.—Un año y un día.—Un artista.—Un desafío.—Un día de campo.—Un día de 4823.—Un francés en Cartagena.—Un liberal.—Un ministro.—Un monarca y su privado.—Un novio para la niña.—Un novio á pedir de boca.—Un par de alhajas.—Un paseo á Bedlan.—Un poeta y una muger.—Una onza á terno seco.—Un rebato en Granada.—Un secreto de estado.—Un secreto de fa-milia.—Un tercero en discordia.—Un tío en Indias.—Una aventura de Carlos II.—Una ausencia.—Una boda improvisada.—Una cadena.—Una vieja.—Una y no mas.—Una muger ge-nerosa.—Una noche en Burgos.—Una retirada á tiempo.—Una reina no conspira.—Un verdadero hombre de bien.—Un cambio de mano.—Un Jesuita.—Un marido como hay muchos.—Un trueno.—Un baile de caudil.—Ultima calaverada.—Una perla en el fango.

Zaida.—Zapatero y rey, primera parte.—Zapatero y rey, segunda parte.

ESTA GALERIA

Consta de mas de 600 producciones, de las que se han formado :

12 tomos del teatro antiguo español de Tirso de

Molina, á 160 rs.

80 idem del moderno español, á 20 rs. cada uno

40 idem del extranjero, á 20 rs. cada uno.

Se vende en Madrid, calle de Jesus y Maria, n.º 4, cto. principal, en las librerías de QUESTA y RIOS, calle Mayor y de Carretas, y en las provincias en los puntos siguientes :

Alicante, Ibarra. — *Almería*, Alvarez. — *Alcoy*, Marti Roig. — *Algeciras*, Contillo. — *Albacete*, Canovas. — *Avila*, Corrales. — *Barcelona*, Piferer. — *Badajos*, Viuda de Carrillo. — *Baza*, Calderon. — *Baena*, Fernandez. — *Benavente*, Fidalgo. — *Bilbao*, Garcia. — *Burgos*, Arnaiz y Villanueva. — *Cádiz*, Moraleda. — *Cáceres*, Viuda de Burgos é hijos. — *Carmona*, Moreno. — *Córdoba*, Manté. — *Cuenca*, Mariaua. — *Ciudad Real*, Malaguilla. — *Calatayud*, Larraga. — *Coruña*, Perez. — *Cartagena*, Benedicto y Ródenas. — *Castellon*, Gutierrez Otero. — *Carrion*, Fernandez Merino. — *Ceuta*, Molina é Ibañez. — *Ecija*, Ripol. — *Elche*, Ibarra. — *Ferrol*, Tajonera. — *Granada*, Zamora. — *Gijon*, Marina. — *Habana*, Chacraiu. — *Huelva*, Osorno é hijo. — *Huesca*, Guillen. — *Jaen*, Calle. — *Jerez*, Bueno. — *Játiva*, Belher. — *Leon*, Parceo. — *Lérida*, Rexach. — *Logroño*, Verdejo. — *Lugo*, Pujol. — *Lorca*, Delgado. — *Loja*, Cano y Cerézo. — *Lima*, Calleja. — *Málaga*, Medina, Aguilar, Mo-
ya. — *Murcia*, Santamaria. — *Mahon*, Vinen. — *Oviedo*, Alvarez. — *Orense*, Perez. — *Ocaña*, Calvallo. — *Osuna*, Moreti. — *Pamplona*, Ochoa. — *Palencia*, Camazon. — *Palma de Mallorca*, Gelalbert. — *Puerto de Santa Maria*, Valderrama. — *Plasencia*, Pis. — *Pontevedra*, Cu-
ambeiro. — *Ronda*, Moreti y Lombiera. — *Requena*, Penon. — *Reus*, Molner. — *Rivadeo*, Fer-
nandez Torres. — *Riósco*, Pradanos. — *Sevilla*, Hidalgo. — *Santiago*, Calleja y Compania. — *Salamanca*, Blanco. — *Santander*, Carabantes. — *San Sebastian*, Baroja. — *Soria*, Perez Rio-
ja. — *Santo Domingo de la Calzada*, Regidor. — *San Lucar*, Esper. — *Segovia*, Alonso. — *Santa Cruz de Tenerife*, M. Ramirez. — *Talavera*, Sanchez Castro. — *Tarragona*, Aimat. — *Toledo*, Hernandez. — *Tortosa*, Miró. — *Tolosa*, Ialama. — *Teruel*, Baquedano. — *Valencia*, Navarro. — *Valladolid*, Rodriguez. — *Vitoria*, Echavarria. — *Vigo*, Fernandez Dios. — *Villanueva y Geltru*, Peré y Ricart. — *Ubeda*, Franco y Compania. — *Zaragoza*, Yagüe y Viuda de Heredia. — *Zamora*, Escobar y Pimentel.

En las mismas librerías se venden las obras siguientes:

Figaro: Cuatro tomos en 8.º marquilla con el retrato y biografia, 100 rs.

Alvarez: Derecho real, 2 tomos, 40.

Rossi: Derecho penal, 2 tomos, 36.

Astronomia de Aragón: un tomo, 14.

Estas tres obras fueron aprobadas por la Direccion general de estudios como útiles á la enseñanza pública.

Poesías de D. José Zorrilla: 15 tomos que se espenden sueltos, 220.

— de **D. José de Espronceda**, con su retrato y biografia: un tomo, 24.

— de **D. Tomás Rodriguez Rubí**: un tomo, 10.

Recuerdos y fantasías por D. José Zorrilla: un tomo, 10.

La Azucena silvestre por el mismo, un tomo, 10.

Ensayos poéticos de D. Juan Eugenio Hartzenbusch: un tomo, 20.

Coleccion de novelas históricas originales españolas, que consta de veinte y nueve el total de tomos, á 8 rs. cada uno.

El dogma de los hombres libres: un tomo, 8.

Respuesta al dogma de los hombres libres: un tomo, 6.

Composiciones del Estudiante: en verso y prosa: un tomo, 12.

Tauromaquia de Montes: un tomo, 14.

Memorias del príncipe de la Paz: seis tomos, 70.

Arte de declamacion, por Latorre, un folleto, 4.